

LA PIEDAD DE UN BIOGRAFO

El distinguido historiador y académico Dr. Mario Briceño-Iragorry, quien en poco tiempo ha conquistado puesto señero de biógrafo, acaba de enriquecer las letras patrias con un nuevo libro. Se trata de la biografía de quien fué Oidor y Regente de la colonial Audiencia de Caracas, Don José Francisco Heredia, durante los duros y luctuosos años de 1810 a 1817. (1)

Por segunda vez, y en muy breve lapso, Briceño-Iragorry obtiene ahora, —en bien acreditada lid—, una premio literario con una de sus biografías. Esta última vez ha merecido el premio de mayor significación que hasta ahora hayamos conocido en Venezuela. Premio Nacional concedido a la mejor obra en prosa publicada por autor venezolano en el bienio 1946 - 1947. (2)

Aunque Heredia era nativo de Santo Domingo, y sólo pasó en Venezuela siete años de los 43 de su vida; sin embargo, fueron de tal importancia esos siete años no solamente en la vida del mismo

Heredia, sino en la historia de nuestra nación, que con razón un historiador venezolano se impuso la noble obligación de escribir esta cariñosa y justa biografía.

El subtítulo que Briceño-Iragorry pone a su libro está como pensado para servir de antídoto en los tiempos que nos ha tocado vivir. Hoy cuando la humanidad parece desbocada por caminos de devastación, de rencor y de venganza, se nos ofrece asomado al propileo de la historia, el varón ejemplar que fué Heredia, como símbolo de "la piedad heroica". Esta feliz expresión, síntesis de ne precisamente el sentido de una piedad precisamente el sentido de una piedad devocional. Lo que expresa es la piedad tomada en su significado de más latina raigambre, sinónimo de clemencia o de justa indulgencia.

Heredia fué el hombre de la clemencia. Y como ha sido ley casi universal de todos los héroes de la clemencia, su vida pudo parecer ante los ojos de los hombres la vida de un gran fracasado. Ante ejemplos como éste, sin querer se nos viene a la punta del cálamo el vilioso pero expresivo pareado del viejo amargado poeta V. Hugo, quien al contemplar la fidelidad de un can para con su amo, pordiosero a quien los hombres rechazaban, exclama:

"La piedad, que en el mundo está en destierro,
Hacerse hombre no pudo, y se hizo perro!"

El libro que ahora comentamos, podría en verdad llamarse la biografía de un gran fracasado. Pero Heredia "el pia-

(1) Biblioteca Popular Venezolana. Mario Briceño-Iragorry, **EL REGENTE HEREDIA o La Piedad Heroica**. Ediciones del Ministerio de Educación Nacional, Dirección de Cultura, Imprenta Nacional, Caracas — Venezuela, 1947, 220p.

(2) En julio de 1947 el mismo Dr. Mario Briceño-Iragorry obtuvo el Premio Municipal de prosa del Distrito Federal por su libro: **CASA LEON Y SU TIEMPO**, (Aventura de un anti-héroe, Caracas, 1946, Editorial Elite, 242 p. A este libro le dedicamos un comentario en esta misma Revista SIC, diciembre de 1946, pp. 498-501.

doso" (el clemente) ha encontrado, después de más de siglo y cuarto de muerto, al biógrafo también "piadoso", que a manera de sabio antiqüuario desentpolva una vieja figura, le saca el lustre propio que tenía oculto, y nos la presenta con orgullo para que la admiremos y la apreciemos en su valor actual y perenne.

Briceño-Iragorry ha realizado con el protagonista de su libro una labor que juzgó de justicia reparadora. Ha hecho aparecer a Heredia como exponente de la auténtica dignidad humana; y revestido con todo el noble atractivo que la entereza y la bondad otorgan a quienes las usan en la práctica de su vida.

Difícil empresa la de esta biografía. No ciertamente por lo que respecta al protagonista, ya que la rectitud de alma, la firmeza de voluntad, y la bondad de carácter de Heredia eran un guión seguro y fácil para poder redactar el más sereno y ejemplar libro. Cuando Heredia está ya en su lecho de muerte, recibidos los Santos Sacramentos, pasa revista al proceso de su vida de hombre público; y el biógrafo interpreta así los pensamientos del moribundo: "En su clámide de juez y de amigo de los hombres no advierte mancha alguna que la haga menos blanca que las alas de los ángeles bajados a recoger el beso depositado en su frente de niño por las hadas que le trajeron los atributos de la ecuarimidad y la pureza. El, como el rey Jofías, "fecit quod placitum erat Coram Deo". Nada tiene que perdonar, nada que temer".

De un hombre que ha vivido así, y así llega a su última hora, no puede decirse que es un trabajo escribir su biografía; es una ocupación llena de deleite de los más subidos quilates.

Pero ese personaje va encuadrado dentro de la época en que le tocó moverse, y tomar parte muy activa y determinada en los más graves sucesos que entonces tuvieron lugar. Y ¡qué época aquella! La más tenebrosa y sanguinaria de nuestra historia; la de más violenta lucha de pasiones; la del desbordamiento de todas las medidas de violencia y de vindicta. A pesar de lo mucho que sobre esa época se ha escrito, muy posiblemente aún no conocemos la serena verdad de los hechos. Ni podemos esperar conocerla, y verla cernida a la luz de una

absoluta crítica imparcial, mientras no venga un historiador, —ni venezolano, ni español, ni siquiera americano—, que sin nexos ni intereses de ninguna especie, nos diga fríamente a españoles y venezolanos cuál es nuestro positivo haber y deber de los diez años de nuestra guerra de independencia.

Vamos a decirlo con sinceridad. No culpamos a Briceño-Iragorry por sentir una profunda debilidad de simpatía hacia la piadosa figura de Heredia. Nunca como en este caso podría repetirse el apotegma: "honrar es honrarse".

Pero ¿no ha tenido este noble sentimiento de admiración algún influjo innegable en la interpretación y juicio de los gravísimos sucesos en los que tan precisa parte le hubo de tocar a Heredia? La fría serenidad del historiador que sopesa los hechos y los valúa sin tener miramiento por sus justas y personales simpatías, ¿no habrá sido en algunos momentos suplantada "piadosamente" por el deseo de edificante y ejemplar panegirismo?

No queremos hacer ingenuos alardes de observación; ni menos ir a autocopiarnos. Pero recordamos que al estudiar el anterior libro de Briceño-Iragorry, —la vivaz biografía del Marqués de Casa León—, señalábamos que el germen o idea madre de dicho libro debió ser aquel repugnante documento por el que Casa León villanamente traicionaba a sus compañeros revolucionarios, y revelaba todos los nombres de éstos a las autoridades realistas. De un modo paralelo nos atreveríamos ahora a indicar que "El Regente Heredia" pudo haberlo concebido Briceño-Iragorry bajo un impulso de inevitable simpatía hacia aquel juez integérrimo y valeroso que ante las vengativas matanzas del año de "la guerra a muerte", escribe aquella patética carta al Capitán General interino en Coro, en la que interpone su valimiento para salvar la vida de numerosos prisioneros que iban a ser inhumanamente sacrificados. Ese documento, por sí solo, ya revela que Heredia no era ni un realista, ni menos un juez, adocenado. Si no un alma de virtud ejemplar y envidiable. Era, pues, casi un deber reconstruir su vida, que sin duda abundaría en actitudes tan dignas y cautivantes como la ya citada. Y así surgió el libro. Y Briceño-Iragorry nos hace admirar de

cuerpo entero la figura de quien supo mantenerse activo en su deber, pero impoluto, sin una salpicadura, ante la doble e incontenible ola de sangre que las pasiones de los realistas y de los patriotas, —nótese bien—, habían removido.

Ya hemos recordado que el escenario de los años de nuestra guerra emancipadora, y sobre todo aquel fatídico año 13, fué de pugilato de crueldades. Cuanto más doloroso y sangrante aparezca, — aun dentro de la verdad histórica, — ese fondo, tanto más admirable y atrayente surgirá el "piadoso Heredia". Pero en la presentación de ese fondo existe un fácil peligro, no digamos precisamente de jingoísmo de nuestra parte, pero sí de enfoque desigual ante la conducta de los realistas y la de los patriotas.

Y aquí queremos hacer algunas observaciones. Y sea la primera, que el destacar con exceso los errores, imprudencias y obcecaciones de las autoridades realistas, trae la necesaria conclusión de restar mucho mérito a la labor tesonera, generosa y hábil de los patriotas. Si tan torpe fué la política española, cualquier grupo de impreparados y de simples alborotadores llamados patriotas tenía que lograr sus intentos. Y esto nos parece una posición inaceptable. Creemos que en todo caso, aun bajo el régimen más prudente y con los gobernantes españoles más conspicuos, la emancipación se hubiera realizado; bien por entonces mismo, bien con alguna posterioridad. Aquello era el caso de los chicos que se empeñaron en tumbar la fruta del árbol, y poco importaba que el hortelano fuera cruel e imprudente, como que fuera prudente y morigerado.

Por otra parte no olvidemos que las violencias y aun desaciertos dolorosos en que cayeron los realistas, llámense éstos Monteverde, Ceballos, Moxó, etc., tienen por causa por lo menos inmediata, nuestra implacable rebelión armada. Los criollos nos alzamos contra un régimen constituido y promovimos la guerra armada; y ¿qué habían de hacer los personeros de este régimen sino tratar de resistir y de debelar a los contrarios por todos los medios posibles? Y por esta razón, no vemos la plena justeza de frases como ésta, en la página 144 del libro que nos ocupa, al referirse el autor a la horrorosa proclama de la "guerra a muerte": "La resistencia de los realistas ex-

plica el rigor de la crueldad". Es cierto que la explica, pero esa resistencia habla muy en alto del cumplimiento de un deber, aun cuando para nosotros los criollos nos causara entorpecimientos. Por eso también, ya metidos en la ola de violencia, tanto realistas como patriotas están teñidos con el mismo rojo de sangre humana. Y por lo tanto suena a parcialización hablar en una misma línea con horror, de "los sanguinarios verdugos de Boves", y en cambio decir que los patriotas sólo ejercían una "recia justicia" (!!).

Hemos de convenir que la actitud de desesperada violencia de los jefes realistas, que todos rechazamos con horror, todos la hemos de mirar también como igualmente explicable. Y la prueba es que esos hechos se han repetido, y se habían ya dado ántes también, dondequiera que ha habido lugar a la resistencia. Nos basta con recordar entre nosotros mismos el sanguinario terror de nuestra aun poco investigada Guerra Federal, y otros casos semejantes. Llegada la ocasión hemos actuado con la misma inhumana decisión de los realistas del siglo pasado. Y a veces no en guerras declaradas, sino en calladas represiones ante el peligro para algún régimen. Si en algo abunda nuestra historia republicana de casi siglo y medio es en ejemplos de mandatarios que han ido pisando sin titubeo sobre las mismas ensangrentadas huellas que dejaron impresas Monteverde y los otros en el territorio patrio. Y también en la historia de nuestra vida republicana se ha cumplido el apóstrofe que Bricañó-Iragorry lanza a los colaboradores de aquellos desesperados y crueles realistas: "¡La aristocracia criolla y los hombres de las leyes dando forma al pensamiento de los bárbaros!", (p. 179). Eso sucedió entonces, y eso ha sucedido después constantemente en Venezuela.

Afortunadamente, también el ejemplo intachable de Heredia ha tenido algún que otro excepcional imitador. Recordemos al elocuente F. Toro imponiendo su criterio de clemencia ante una Convención nacional que aguzaba sus garras vengativas para clavarlas sobre Monagas; y recordemos al incontaminado y sereno Cecilio Acosta!

La vida del protagonista Heredia adquiere naturalmente mayor lucidez y a-

tractivo, cuanto más se presenta en contraste con quien bajo su misma bandera juega uno de los papeles de antagonista. Su principal antagonista es Monteverde. Y en este juego de encontradas actitudes el autor, muy artísticamente o panegíricamente, —pero tal vez con alguna debilidad perjudicial al rigor histórico—, nos parece que recarga un poco los tonos oscuros de Monteverde. Y aun en alguno de los momentos en que el canario hizo méritos, si no para ser alabado, por lo menos para que se le suavizara el trato, aun entonces la pluma implacable del autor no le perdona ni siquiera lo menos malo que hizo; y siempre queda el recurso de imputárselo a mala intención o a doblez. Y sin embargo Heredia, citado por Briceño-Iragorry (p. 114) llama a Monteverde "franco, leal, generoso". Antes que creer a Heredia hipócrita y falso en su lenguaje, preferimos aceptar que alguna posible cualidad le quedaba al marino canario.

Cuando Monteverde prohíbe la libertad de presos de Puerto Cabello aun cuando la ordenase el tribunal de la Real Audiencia, Heredia protesta y reclama del ultraje que se hace a dicho tribunal. Monteverde que no esperaba aquello, se ve acorralado. Pero no se obstina ni hace alardes, —quien bien pudo hacer—, de mandatarismo omnipotente. Reflexiona en qué debe ceder, y cede. Revoca su orden. Y para salir del mal paso atribuye a error del escribiente la redacción del documento. ¡Excusa ésta empleada tantas veces por gobernantes que se han equivocado! Pero el autor se detiene más a criticar esta salida, pobre pero nada extraña, que a mencionar el mérito de Monteverde de agachar la cabeza, —como en realidad sucedió,— ante la justicia. Y eso que esto último daba pie para destacar la personalidad de Heredia, ante cuyo reclamo el poderoso mandatario se sometió. Era demasiado pedirle a Monteverde que además lo hiciera con muestras de humildad de séptimo grado!

Más adelante Heredia, ante los malos tratos que sufren los encarcelados políticos, gestiona con Monteverde la proclamación de una amnistía que se hace pública el 7 de abril de 1813. Monteverde, en efecto, ha oído las razones del Regente, las ha atendido, y ha cumplido fielmente cuanto se le ha propuesto como medida de justicia. De donde se deduce que el jefe español no era un irres-

ponsable contumaz, que aunque muy señor de horca y cuchillo, no entrase jamás en razón ni rectificase sus errores. Pero actitudes como esta quedan silenciadas por el biógrafo de Heredia.

Hay otra observación que deseamos señalar referente a la conducta denodada de Heredia. Ni por un momento pensamos en restarle méritos a su "heroica piedad". Pero no debe desestimarse el hecho de que aun a través de esta misma biografía se advierte que en no pocas ocasiones, aun cuando las intervenciones del Regente como poder judicial tienen una consecuencia humanitaria y limitadora de las crueldades, sin embargo eso es consecuencia sólo indirecta, pues en realidad Heredia lo que algunas veces perseguía en primerísimo lugar era que se respetarán la dignidad y los derechos del alto tribunal que él presidía.

Con oportunas reflexiones va Briceño-Iragorry acotando algunos de los sucesos de más trascendencia de aquellos años cruciales. Ante la primera intervención pacifista y razonadora de Heredia dirigida al belicoso Marqués del Toro el año 1810, dice el autor: "Sus palabras en el pórtico de nuestra vida republicana son como el angustioso aviso de quien con mirada certera ha avizorado el confuso porvenir de una sociedad que en breve habrá de confiar su permanente destino a las arbitrariedades de los hombres de cuartel". (p. 51) Más adelante, sintetizando el pensamiento de Heredia sobre lo que es la Constitución de un país, dice: "Para él la Constitución de una nación no es una mera serie de principios incluidos en el cuerpo de un código... Constitución, más que enunciado teórico hecho por unos hombres, es labor realizada por la historia en el corazón de las varias sociedades humanas". (p. 70-71). Cuando Monteverde, hecho jefe de los destinos de la Capitanía General, emprende sus horribles represalias contra los patriotas, hace el autor esta consideración: "Las autoridades, cuando se sitúan en el plano inclinado de la arbitrariedad y la injusticia, pierden el sentido que les permite distinguir las justas quejas de las actitudes tumultuosas y conspirativas. No advirtiendo que obran mal, tomando el clamor de los que sufren los ultrajes por intentos sediciosos". (pg. 112). La brevedad nos obliga a omitir otros ejemplos.

Bien se echa de ver que el autor ha querido popularizar lo más posible la vida ejemplar de Heredia; hacerla asequible al mayor número de lectores, a fin de que ejerza su benéfico influjo. Por eso el libro carece de todo aparato crítico de notas y fuentes de información. Pero cuánto hubiéramos deseado que a este trabajo de biografía popular hubiera precedido la publicación de la obra crítica, anotada y provista de todo el material de consulta. Porque el período histórico que abarca, y las actuaciones de los principales personajes, plantean en varios momentos interrogantes a las que sólo nos responde la autorizada y veraz palabra del biógrafo. Pero como éste en ocasiones tiene que dar de mano al documento consultado, o aporta datos u observaciones que no sabemos si son sólo complementarios de la narración, es en estos casos cuando echamos de menos la cita y la nota tranquilizante. Esta indicación se refiere de manera especial a los importantísimos capítulos VII y VIII.

A este propósito citaremos afirmaciones como la del primer párrafo de la pg. 113 sobre las prisiones ordenadas por Monteverde en Caracas; o la referente, en el capítulo X, pg. 167, a las damas azotadas por orden de Moxó; y asimismo la terminante declaración en la pg. 34 de haber sido las masas populares las únicas que se juntaron en España a defender los derechos de sus Reyes frente a las usurpaciones francesas. (3).

Ojalá que el autor en próximas ediciones pudiera incluir algunos de estos elementos de juicio que tanto han de valorizar un trabajo hecho con todo el ca-

riño y amable sinceridad que estaban exigiendo el carácter y las actuaciones de Heredia.

Nuestras observaciones, no sólo por el hecho de ser nuestras, sino aun por su mismo contenido, en nada aminoran el mérito de esta biografía, ni el de su distinguido y justicieramente premiado autor. Ojalá que este libro fuera el primer paso seguro para el cumplimiento de una deuda que los venezolanos tenemos contraída con Heredia hace casi siglo y medio, y que Briceño-Iragorry ha expresado así: "Y a tí, Heredia inmaculado, la república que se alzaría en medio de estas ruinas espantosas, habrá de agradecerle la vida de sus fundadores..." (pg. 164). Cuando tantos derramadores de sangre de hermanos venezolanos, de nuestras contiendas civiles, gozan en plazas y paseos de la gloria de los bronceos y de las lápidas, Heredia el clemente, el cristiano lleno de caridad práctica, el restañador de tantas heridas, aún espera que se le haga pública justicia ante los ojos de nuestras ignorantes y desagradecidas generaciones.

(3) Y ya que hacemos estas indicaciones, nos atrevemos a pedir al autor que en futuras ediciones vaya repitiendo, un poco más a menudo, junto a la fecha, día y mes de los sucesos, también el año, lo cual facilita mucho la compulsión de datos. Esta primera edición es muy parca en la cita de años. Aprovechamos esta nota para decir que entre otras citas interesantes cuya fuente nos gustaría conocer, una es la del excelente testimonio de A. Bello sobre Heredia, que aparece en las pgs. 201-202.

Pedro P. Barnola S. J.